

blaron tratos con Fernando por medio del comerciante Ali Dordux y el alcaide de la Alcazaba, Aben Comixa, luego que lo supo el Zegri mandó degollar á cuantos habian tenido participacion en este proyecto; y despidió, sin acabar de oír las proposiciones y ofrecimientos que le hacian, los embajadores que una y otra vez le envió Fernando, á fin de evitar la efusion de sangre y las calamidades de un sitio. Pero desechados por Hamet los medios pacíficos, el rey Fernando levantó en 7 de mayo sus reales de Velez y marchando con su ejército por la costa avanzó por las ventas de Bez-miliana, mientras las galeras y barcos transportaban por mar á su vista las baterías y municiones. Trabajo costó ganar un cerro que juntamente con el castillo de Gibralfaro dominaban un estrecho valle por donde habia de pasar el ejército; pero un cuerpo de gallegos conducidos por el maestro de Santiago logró dominar la altura, y guardada esta y obligados los moros á refugiarse á Gibralfaro, atravesó el ejército cristiano la angostura y al dia siguiente avistó Fernando los muros y torreones de Málaga.

Acercóse, plantó el pabellon Real, sentó las tiendas y distribuyó las estancias, haciendo una línea de circunvalacion que se extendia sobre las colinas y los valles, formando un medio círculo; el otro medio le formaban las naves ancladas en la bahía dejando en el centro á Málaga. Desembarcó la artillería, de la cual se colocaron cinco lombardas gruesas en la cuesta que ocupaba el marqués de Cádiz, distribuyéndose las demas piezas mayores y menores por otras estancias, defendidas todas por capitanes célebres. Se hicieron fosos, se construyeron parapetos, y detrás de la linea se estableció una fábrica de pólvora y se pusieron fraguas y talleres de herreros, carpinteros, picapedreros y otros oficios para la construccion y reparo de las máquinas de batir. Comenzaron á jugar las baterías y á vomitar piedra y hierro; el conde de Cifuentes fué el primero que aportilló un torreón del arrabal, por cuya abertura se intentaron dos asaltos; pero cuando algunos castellanos tremolaban ya sus banderas sobre el baluarte, los moros que tenían minada aquella parte del muro la hicieron volar y los cuerpos de aquellos valientes volaron tambien hechos fragmentos. Con estas y

otras desgracias ocurridas al principio entró algun desaliento, que sabido por los moros, á quienes se habian pasado algunos soldados, les llenó de arrogancia y les estimuló á redoblar con mas furor sus ataques. Viendo esto Fernando, llamó á la reina Isabel que se hallaba en Córdoba. Presentóse ella inmediatamente, y con su presencia reanimó á todos. Volvióse á intimar la rendicion á Hamet el Zegri; pero este se negó á ello, y aun prohibió á los suyos hablar de entrega, degollando sin piedad en la plaza á los que componian una comision de padres de familia, comerciantes y capitalistas, que se habia presentado para esponerle los peligros á que se esponia la ciudad; con cuyo castigo vieronse todos como precisados á tomar las armas. Oyóse luego una detonacion horrible que estremeció á los malagueños é hizo retremblar los edificios de la ciudad: era el estampido de una descarga general que Fernando mandó hacer á todas las baterías para que en la ciudad vieran que habia pólvora en abundancia y que era falso lo que en contrario les habia dicho el Zegri en su proclama. Mas no por esto se intimidó la guarnicion malagueña; antes bien hizo luego una salida, aunque tuvo despues que replegarse al castillo. Veniales en auxilio un cuerpo de caballería que les enviaba desde Guadix el Zagal; pero cayó y fué deshecho en una emboscada que Boabdil, noticioso de la espedicion, habia preparado contra ella. Llegaron al propio tiempo naves y embajadores del Sultan de Tremecen con ricos presentes para los reyes de Castilla, con la mision de rendirles homenaje y de interceder por los defensores de Málaga y de pedir que las naves tremecinas fueran respetadas por las españolas que cruzaban por el Mediterráneo. Los reyes accedieron á esto último, cumplieron al africano, enviándole una bandeja de oro con el escudo de las armas reales, y le exigieron que no auxiliase con tropas, armas ni víveres á los moros de Granada. Entretanto se iba estrechando el cerco, y mientras á los nuestros llegaban máquinas y municiones de Barcelona, Valencia y otros puntos, dejábase ya sentir la escasez en la ciudad, viéndose obligado Hamet á publicar terribles bandos y á distribuir á todos con la mayor economía las subsistencias.

Ocurrió á este tiempo en el campamento

de los cristianos, dice Lafuente extractando á otros historiadores un raro y extraordinario lance que merced á una feliz casualidad, no costó la vida á los reyes. Una especie de profeta ó santón moro, llamado Abraham el Gerbi, que habia pasado su vida en el desierto y pasaba por inspirado, se presentó en las calles de Guadix, envuelto en un tosco albornoz, con su semblante livido y su barba blanca y desaliñada, anunciando que Dios le habia revelado por medio de los ángeles de Mahoma la manera de libertar á Málaga y destruir á los enemigos del Coran. Agregáronse al fanático musulman hasta cuatrocientos supersticiosos moros de la tribu de los gomeles, los cuales, caminando de noche y por escusadas veredas, llegaron al campo de los cristianos en ocasion en que una partida de estos habia salido á reconocer el terreno. La mitad de ellos lograron penetrar en la plaza; la otra mitad cayó en manos de los exploradores, y fueron todos acuchillados, escepto uno á quien encontraron de rodillas, y con las manos levantadas al cielo, en actitud de orar y como si estuviese en un éxtasis. Dejose prender sin resistencia, y como dijese que tenia importantes secretos que revelar á los reyes, lleváronle al pabellon Real. Ya se entenderá que el misterioso moro no era otro que el santón de Guadix, Abraham el Gerbi. Dormia á la sazón el rey, y se mandó que hasta que despertara condujeran al prisionero á la inmediata tienda. Hallábase en esta la marquesa de Moya doña Beatriz de Bobadilla, la íntima amiga de la reina Isabel, jugando á las damas con D. Alvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza, pariente de la reina. Por el aparato del pabellon sospechó el moro que aquellos personajes eran la reina y el rey. Pidió un vaso de agua, y haciendo ademan de beber, sacó un cuchillo de debajo del albornoz, y asestándole contra el príncipe de Portugal le hizo una herida en la cabeza que le derribó bañado en sangre en el suelo; y revolviéndose de improviso sobre la marquesa le dirigió una estocada que por fortuna se embotó en los bordados de su vestido; quiso repetir el golpe, y unos palos de la tienda en que tropezó el acero salvaron á doña Beatriz. Abalanzáronse los caballeros sobre el asesino y cien espadas se clavaron en sus entrañas. Al ruido y alboroto acudieron el rey y la reina,

aquel envuelto todavia en la colcha de su cama, y asombráronse y se estremecieron á la idea del peligro que habian corrido, tomando el mas vivo interés por D. Alvaro y por su querida doña Beatriz. Desde entonces se tomaron serias precauciones para seguridad de las preciosas vidas de los monarcas, entre ellas la de crear una guardia de doscientos hidalgos de Castilla y otros tantos de Aragon para la custodia de las Reales personas. El cadáver del moro asesino fué arrojado á la ciudad con un disparo de catapulta, al modo de lo que en otro tiempo habian ejecutado los alárabes con el del hijo de Guzman el Bueno en el campo de Tarrifa; pero vengáronse los malagueños matando á un hidalgo de Galicia, cautivado en Velez, y atando su cadáver á un pollino que hicieron salir á los reales de los cristianos.

En tanto los sitiadores iban recibiendo continuamente refuerzos, al paso que los sitiados se veian en los mayores apuros, llegando la escasez de víveres hasta el punto de que familias enteras se pasaban al campo de los cristianos ofreciéndose á estos por esclavos con tal que les diesen pan. Hamet procuraba alucinar á los suyos, anunciándoles un combate decisivo cuya señal seria la desaparicion de la bandera blanca de su titulado Profeta que ondeaba en la almena mas alta del castillo de Gibralfaro. Desapareció en efecto la bandera blanca, y saliendo Hamet con su gente y exhortándola un alfaki, que calificaba de santo al de Guadix, Abraham el Gerbi, arremetió al campamento cristiano; pero repuestos los nuestros la emprendieron con los gomeles, y muerto el alfaki, se desalentaron y huyeron. Desacreditado así Hamet, y temiendo la ira del pueblo, fué á encerrarse en Gibralfaro, desde donde en un momento de furor pensó bajar con los suyos á pasar á cuchillo á todos los moradores de la ciudad; pero mas tranquilo pensó solo en defenderse en el castillo hasta donde pudiera y dejar abandonada á su suerte la poblacion. Esta desde que se vió libre del yugo de Hamet, envió Ali-Dordux á pedir á nuestros monarcas les diesen seguro para sus personas y bienes y les permitiesen pasar á Africa ó vivir como mudajares en Castilla ó Andalucía, y le entregarían la ciudad. Contestóles Fernando era ya tarde y que pues tan obstinados habian sido que solo ahora acosados por el hambre se ren-

dian, estuviesen á lo que el rey quisiese hacer de ellos «conviene á saber, los que á la muerte á la muerte, y los que al captiverio al captiverio.» Indignados al pronto con esta dura respuesta los vecinos de la ciudad enviaron á decir que, si no les concedía seguro para sus personas, colgarian de las almenas hasta quinientos cristianos, hombres y mugeres, que tenían cautivos, pondrian fuego á la poblacion, arrojarian á las llamas sus familias, y saldrian todos á morir matando cristianos, de tal modo que el hecho de Málaga resonara en todos los siglos y en todos los ámbitos del mundo. Conoció sin duda Fernando que esto era una amenaza que no habia de llevarse á cabo y hecha con solo el objeto de ver si por este medio sacaban mejor partido. Contestó pues repitiendo la misma respuesta que antes, y añadiendo que con un solo cristiano que matasen, no quedaria un moro en la ciudad que no fuese pasado á cuchillo. Mas blandos con esto los de la ciudad, enviaron á los reyes una comision compuesta de catorce sujetos, representantes de los catorce barrios en que aquella estaba dividida, y eran portadores de la siguiente carta: «Alabado sea Dios Todopoderoso. A nuestros señores, á nuestros reyes el rey y la reina, mayores que todos los reyes y todos los príncipes, ensalceos Dios; encomiendanse en la grandeza de vuestro estado, y besan la tierra de bajo de vuestros pies vuestros servidores y esclavos los de Málaga, grandes y pequeños, remedielos Dios, y despues de esto ensalceos Dios. Vuestros servidores suplican á vuestro Estado Real que los remedie como conviene á vuestra grandeza, habiendo piedad y misericordia de ellos, segun hicieron vuestros padres y vuestros abuelos los reyes grandes y poderosos etc.» A pesar de lo humilde de esta carta, aun eran de parecer algunos capitanes debia hacerse en los malagueños un degüello general para que sirviese de escarmiento á otros; pero habiéndose opuesto la reina Isabel diciendo que no permitiria se empañaran sus victorias con tales actos de crueldad, respondió Fernando á los enviados que no cumplia á su servicio recibirlos de otra manera que entregándose á discrecion, «salvo dándolos á mi merced.» Al Dordux inclinó el ánimo de los suyos para que aceptasen, y así entregados en rehenes veinte moros nobles, concedida licencia de

permanecer en Málaga como mudejares á cuarenta familias por el designadas, y quedando cautivos todos los demas hasta que comprasen su rescate en determinado plazo y cantidad, pasó el comendador de Leon á tomar posesion de la ciudad, entraron en seguida varios cuerpos de tropas; se plantaron cruces y estandartes en los baluartes y torres, á cuya vista el clero entonó el *Te-Deum*, guarnecieronse las torres y fuertes; se hizo un empadronamiento de los moros y se les obligó á entregar las armas; doce cristianos traidores de los que se habian pasado del real fueron asaeteados con cañas, y á su vez los ancianos y mugeres de la ciudad recorrían sus calles lamentándose con voces lastimeras. Continuaba Hamet en su castillo; mas como nadie iba en su socorro un hijo de Ali Dordux le cargó de grillos y cadenas y así fue llevado á la fortaleza de Carmona.

Luego que la ciudad estuvo limpia de los cadáveres que yacían insepultos, y se purificó y consagró la mezquita principal, hicieron los reyes su solemne entrada (20 de agosto) acompañados en brillante procesion la corte, los prelados, todo el clero que habia asistido á la campana, incluso el venerable cardenal Mendoza, ya arzobispo de Toledo, con cruces y pendones, y dirigiéndose al nuevo templo dieron gracias al Dios de los ejércitos por el glorioso triunfo que les habia concedido. Lo que mas enterneció á todos, y en especial á Fernando é Isabel, fué el ver seiscientos cristianos que despues de muchos años de cautividad se presentaron recien sacados de las mazmorras con sus rostros macilentos, su larga barba, cubiertos apenas sus entujos cuerpos con unos miserables harapos, y notándose en sus brazos y pies las señales de los hierros. Estos infelices, llorando de alegría iban á prosternarse ante sus libertadores los reyes; mas estos, levantándolos cariñosamente, no consintieron aquella humilde demostracion, les dieron á besar su mano, y los despidieron dando orden de que se les proveyese de abundante alimento y de todo lo necesario para que pudieran regresar al seno de sus familias. Acordaron los reyes fuese erigida Málaga en silla episcopal, cual entendieron lo habia sido en tiempo de los godos; nombraron por primer prelado á su limosnero mayor el sabio

y honrado don Pedro de Toledo, canónigo de Sevilla; sujetaron á la diocesis varias villas y territorios de la costa, de la serrania de Ronda y de la Ajarquia; y en seguida se adoptaron las convenientes medidas, así en orden á la jurisdiccion civil, como á la repoblacion de la ciudad que iba á quedar desierta de sus antiguos moradores. En efecto, congregados estos en los patios de la Alcazaba, se les intimó la sentencia de su esclavitud y de ser llegado su cumplimiento. Fueron, pues, repartidos en tres porciones; una se destinó al rescate de cristianos cautivos en África, otra se distribuyó entre los nobles, caballeros, capitanes y oficiales que habian concurrido á la conquista; y por último, la parte restante se aplicó á indemnizar al Tesoro los gastos hechos en la guerra. Al Papa le fueron enviados cien gomeles, cincuenta doncellas moriscas á la reina de Nápoles, y otras treinta á la de Portugal; la reina Isabel tomó muchas para sí, y otras regaló á las damas de su servidumbre. Al que entregara treinta doblas en el improrogable plazo de ocho meses se le concedia el rescate.

Algunos historiadores han calificado de escusivamente duras estas condiciones impuestas á los moros de Málaga, y William Prescott se muestra indignado contra los autores de tan inhumano tratamiento; acusando de ello, no solamente al rey Fernando, sino tambien al clero y aún á la reina Isabel por haberlo consentido á pesar de repugnarlo su benigno carácter, consentimiento del que además culpa principalmente á sus directores espirituales. Muy fácil es indignarse ahora y calificar de duro é inhumano el tratamiento que se observó con los de Málaga; si Prescott hubiera estado en el sitio y tenido que luchar con la obstinacion de los que obedecian á Hamet, es muy probable que hubiera formado otro juicio y que á pesar de lo heroica que reputa la defensa de la ciudad, hubiera por lo mismo opinado era necesaria mayor severidad para evitar igual obstinacion en las plazas que aun quedaban por conquistar. A las veces una severidad á tiempo evita tener que ser mucho mas severo no una sino muchas veces, y un escarmiento en sazón ahorra de hacer luego mas sensibles y numerosos castigos. Una observacion podrian haber hecho esos censores para aminorar la censura, en especial contra

el clero. Si convienen en que la reina Isabel era opuesta á tan terribles medidas; si la reputan, como era, benigna, compasiva, humanitaria y caritativa; si al mismo tiempo añaden que era dócil á sus directores espirituales, preciso será convenir en que estos la inspiraban esos benéficos sentimientos; preciso será convenir en que si esto no obstante no se opuso á esas medidas que se califican de escusivamente duras, habria para ello tales razones que Isabel y sus directores espirituales creyeran llegado el caso de usar de severidad, si quiera se procurara suavizarla despues todo lo posible. Lo repetimos; nos hallamos á demasiada distancia de los sucesos, se miran estos ya mas bien que á sangre fria con una especie de indiferencia; se para mas la atencion en lo material que en lo formal, en lo valiente y heroico de la defensa y en los actos mas ó menos caballerescos, que en la posicion en que se hallaban los reyes, teniendo aun que luchar con las huestes sarracenas y quedándoles aun por conquistar plazas importantes que si vieran harta indulgencia llevarian su resistencia hasta lo último, fiados en la clemencia del vencedor; y esa resistencia prolongada hasta ese punto podria haber causado en el ejército cristiano y aun en el reino todo calamidades y desastres sin cuento. Esto sea dicho para mostrar debe procederse con mucho pulso en aplicar calificaciones odiosas, maxime contra personajes respetables cuya bella indole y natural carácter se reconoce y no puede menos de reconocerse; aqui si que vendria fuesen mas indulgentes con ellos los que de poca indulgencia los tachan. Pero volvamos á nuestro asunto.

Conquistada Málaga despues de un sitio que duró desde el siete de mayo hasta 20 de agosto de 1487, duenos ya de la ciudad y todo su territorio nuestros reyes, y adoptadas las medidas conducentes para su gobierno regresaron con su ejército á Córdoba á prepararse para nuevas campañas, siendo recibidos con las mayores aclamaciones.

De Córdoba marcharon los reyes á Aragón, así para que su hijo el príncipe don Juan fuese reconocido en aquel reino como para arreglar varios negocios importantes. De Aragón, cuyas córtes les concedieron un subsidio para continuar la guerra de Granada, pasaron á

Valencia (1488) donde celebraron tambien cortes, y arreglados diferentes asuntos del Estado, pasaron en junio á Murcia á fin de preparar la conquista del reino granadino por la parte oriental. De la occidental eran ya dueños nuestros reyes desde Illora y Moclin hasta Velez; en la oriental obedecian al Zagal las ciudades y territorios de Almeria, Baza, Guadix y la Alpujarra; y Boabdil se sostenia á duras penas en Granada, limitándose su poder á esta ciudad y á las montañas mas inmediatas, y aun esto al amparo de los reyes de Castilla á quienes convenia mantener la division entre los moros. Mientras la reina Isabel se quedó en Murcia para atender á los negocios del gobierno, pasó Fernando á Lorca con cuatro mil caballos y catorce mil peones. Vera le abrió sus puertas y los alcaides de Cuevas, los Velez, Castilleja y otras poblaciones se ofrecieron á ser vasallos suyos y á vivir como mudejares. Animado con esto quiso hacer un reconocimiento sobre Almeria; pero fué rechazado por el Zagal y así se corrió hácia Baza; mas corriendo tambien allí el Zagal, creyó prudente Fernando ir á invernar á Valladolid, despues de reforzar las fronteras y los nuevos puntos conquistados. Por mayo de 1489 fijaron la residencia en Jaen como punto mas á propósito para estar en comunicaciones con el ejército.

Este, que se componia de trece mil caballos y cuarenta mil infantes, emprendió su marcha para sitiarse á Baza que era como la capital del Zagal. Despues de apoderarse de las fortalezas comarcanas, costándole no poco tomar la de Zujar, pues su alcaide Hubec Abdilbar habia empleado en su defensa una especie de máquina de guerra que consistia en varias calderas encadenadas rellenas de aceite hirviendo que empujadas con impetu arrojaban á larga distancia sobre el enemigo el líquido abrasador, encontró en el paso de la cordillera de montañas que se levanta sobre Baza no pequeñas dificultades que le oponian los alpujarreños; pero al fin, vencéndolo todo, llegó á dar vista á dicha ciudad. Mandaba en esta el príncipe moro Cid Hiaya, primo y cuñado del Zagal, y además de los diez mil hombres de guarnicion con que contaba, llevó de Almeria otros diez mil grandemente disciplinados y aguerridos, permaneciendo el Zagal en Guadix para estar á la mira de lo que pudiera intentar Boabdil desde

Granada, y cuidando al mismo tiempo Cid Hiaya de encerrar en la plaza cuantas vituallas pudo haber é inutilizar las que no pudo llevarse consigo, á fin de que no pudieran servir á los nuestros. Fernando sentó sus reales orilla de las huertas; pero despues de algunas escaramuzas en que perecieron valerosos capitanes de uno y otro campo, parecióle conveniente sacar el ejército de un terreno tan frágil, y habido consejo sobre continuar ó levantar un cerco tan peligroso, como se dividiesen los pareceres, opinando unos porque se levantase, y sosteniendo otros que esto seria una mengua para el ejército cristiano, acudió Fernando como siempre á la reina Isabel que seguia en Jaen; y esta que, animada de las mas vivas esperanzas en la Providencia solia decidirse por el partido mas animoso, contestó que no debían malograrse los inmensos preparativos que se habian hecho, máxime cuando tan divididos y desalentados estaban los moros, y que ella ofrecia no faltarian al ejército viveres y dinero. Esta respuesta infundió como siempre nuevo aliento en las tropas y ya no se pensó sino en seguir adelante.

Dividióse pues el ejército en dos campamentos, y para mantener entre ambos las comunicaciones fué preciso hacer una tala general que duró siete semanas, á pesar de haberse empleado en ello cuatro mil taladores, cayendo á los golpes de millares de hachas los corpulentos árboles de la vega. Cansado Hernan Perez del Pulgar de la lentitud del sitio hizo una correria hácia Guadix y si bien á su regreso salieron á su encuentro las tropas que enviaba el Zagal, logró arrollarlas dejando tendidos en el campo cuatrocientos moros y llegando á salvo con su gente y botin al campamento, por lo cual le premió el rey armándole allí mismo caballero.

Llegaron por entonces al campamento dos venerables frailes franciscanos (uno de ellos, segun Mariana, el guardian de Jerusalem Fr. Antonio Millan) que venian de Palestina enviados por el Gran Turco con cartas para nuestros reyes quejándose de la guerra que hacian á los moros, cuando él protejia á los cristianos que habia en los Santos Lugares; y les exhortaba á que suspendiesen la conquista, pues de lo contrario perseguiria á

los cristianos y destruiria los templos de Tierra Santa. Fernando recibió á dichos religiosos en el sitio de Baza, é Isabel en Jaen, y ambos contestaron por conducto de los mismos religiosos al sultan diciéndole eran injustos los cargos que les hacia, pues habia sido la mayor injusticia la que cometieron los moros en apoderarse de España, y eran muchas las vejaciones que causaban á los cristianos; siendo cierto por otra parte que tambien los reyes protegian á los moros que estaban sometidos á su autoridad y se mostraban sumisos á ella. Con esta respuesta despidieron benévolamente á los religiosos embajadores (julio de 1489); aprovechando la reina esta ocasion de acreditar su piedad, les dió un velo bordado por su propia mano para que le pusieran sobre el santo sepulcro de Jerusalem y concedió para Tierra Santa mil ducados anuales para su culto; que de antiguo vienen siendo los frailes de San Francisco los guardadores de aquellos Santos Lugares, y nuestros reyes fomentándolos y sosteniendo allí el culto.

Continuaba en tanto el sitio, adoptando Isabel todas las medidas conducentes para que al ejército nada le faltara, á cuyo efecto hizo abrir un camino de siete leguas de mal terreno por el cual iban y venian catorce mil acémilas que habia contratado para el transporte. Tampoco Fernando se descuidaba; pero el gefe moro Cid Hiaya no se dormia, y lejos de mostrarse desalentado, quiso hacer alarde de que nada faltaba á los suyos. Al efecto puso bandera de parlamento, y envió Fernando dos parlamentarios creyendo que Cid Hiaya trataria de hacer proposiciones para la entrega. Grande fué por lo tanto la sorpresa del esposo de Isabel cuando al regreso de aquellos les oyó decir que Cid Hiaya los habia llevado á visitar los almacenes, y enseñándoles los acopios de trigo y de legumbres y las tinajas de aceite que en ellos tenia, además de las provisiones que habia de reserva en muchas casas particulares para alimentar durante largo tiempo la guarnicion. Tambien les dió un hermoso caballo con vistosos jaeces, en cuyas preciosas guarniciones resaltaba una esmeralda de gran tamaño y valor, para que se le regalasen al rey Fernando. Mucho sintió este semejante resultado de la embajada; pero despues de devolver al moro su caballo,

diciéndole que los reyes de España no solian admitir regalos de sus enemigos, para que su ejército no se desalentara hizo cundir la voz de que aquellos montones de grano de que hacia alarde el moro eran fingidos, que no eran mas que una capa de grano que encubria montones de piedra y tierra, y que las tinajas tampoco estaban llenas, sino que solo la superficie era aceite. Ibase en esto aproximando y al fin llegó la estacion de las lluvias (octubre de 1489) en que confiaban los sitiados; y si bien los sitiadores con los árboles cortados en la huerta y otros materiales formaron algunas casas y chozas, fueron tales los torrentes que se desprendian de los cerros que se inundaban enteramente, y además se ponian intransitables los caminos de modo que interrumpieron los convoyes que les llevaban vituallas.

Conociólo la vigilante Isabel, y haciendo grandes esfuerzos, habido consejo con el cardenal de Mendoza y otros prelados y caballeros de su corte, montó en su palafren y acompañada de la infanta su hija, del cardenal y demás comitiva, emprendió la marcha hacia el campamento para animar al ejército. «Llegó al campamento, dice un escritor testigo de vista (Pedro Martir), circundada de un coro de ninfas, que parecia venir á celebrar las bodas de su hija; su presencia nos llenó de júbilo, y reanimó nuestros espíritus que desfallecian bajo el peso de tan continuados peligros, vigiliias y fatigas.» El mismo dia (7 de noviembre) en que llegó la reina escribió el rey á Cid Hiaya, esponiéndole los daños que á unos y á otros causaba tan diuturno sitio y escitándole á que se viniese á partido. Al tercer dia pasó Isabel revista al ejército, siendo recibida con las mayores aclamaciones, y como queria visitar las estancias y fortificaciones del Norte, donde corria peligro de que fueran ofendidos por los de adentro, se avisó de ello á Cid Hiaya para que se abstuviesen, y el valiente moro no solo vino en ello, sino que cuando Isabel estaba examinando las trincheras se presentó á su vista el ejército alárabe marchando en columnas con los estandartes enarbolados, tocando sus músicas himnos guerreros y distinguiéndose á su cabeza el príncipe Cid vestido de gala, el cual al llegar frente á la reina de Castilla mandó á su infanteria hacer aquellas